



Milagros Aguirre

**La Utopía de los Pumas**

CICAME, Quito, 2006

El relato en la *Utopía de los Pumas* es sencillamente cautivador. Este libro de autoría de Milagros Aguirre, periodista y editora ecuatoriana, transmite la vida de dos misioneros y su labor en beneficio de los pueblos indígenas afincados en las riberas del gran río Napo. Con lenguaje fresco, cercano, seductor, describe algunos episodios protagonizados por estos dos seres, de cuya existencia, hasta se podría dudar, por la magia que envuelve sus vidas.

La pobreza su doctrina, la humildad su convicción, la justicia y la equidad su lucha, el respeto su esencia, la naturaleza su más intensa expresión de amor, la dación su vida. Así, “el Amor no es amado”, “el mayor privilegio no gozar de privilegio alguno” son algunos de los sistemas de representación a partir de los cuales organizan su vida en la selva. José Miguel Goldáraz y Juan Marcos Mercier abrazaron el pensamiento de Francisco de Asís y dentro de él concibieron sus mundos, surcaron ríos, abrieron caminos, y en las riberas del río Napo, en un efecto de simbiosis se

convirtieron en uno solo con los indios y la selva de la Amazonía; hicieron suyas, historia, cultura, mitos y espíritus.

Juan Marcos Mercier, canadiense, franciscano llega al alto Napo peruano en 1962 y José Miguel Goldáraz, español, capuchino al bajo Napo ecuatoriano en 1971. Era época de cambios profundos, que influyeron sensiblemente en la dimensión ideológica, en las actitudes y comportamientos políticos y en los conceptos y valores de la sociedad en el mundo. La preocupación por los otros como el nuevo nombre de la “paz”, las revoluciones trascendentes, la diversidad e intensidad de las manifestaciones culturales, la innovación del pensamiento católico desde su propia iglesia, incidieron en la configuración de una nueva filosofía de vida en estos dos sacerdotes.

Su nuevo escenario, la región amazónica, deslumbrante por su ensueño natural, indiscifrable biodiversidad, infinita variedad de hábitat, paisajes, ríos, aves y animales e insondable riqueza cultural. Hogar de una multiplicidad de naciones indígenas, con características, lenguaje y costumbres propias y una cosmovisión particular. Tesoro natural, absurdamente depredado por el hombre, violado por el poder, abandonado por el Estado, explotado indiscriminadamente por el interés privado, es la región del olvido, el espacio propicio para las reivindicaciones cristinas hacia la equidad y la justicia. Y es allí, precisamente, donde estos frailes se identificaron con la lucha de los indígenas por recuperar su dignidad, el derecho a su tierra, el reconocimiento de su identidad, de sus costumbres, tradiciones y valores, en suma, por lograr un sistema de vida autóctono y autónomo.

Perseverancia y constancia, cercana a la terquedad, astucia y habilidad, históricamente han caracterizado al euskaldún, entonces José Miguel Goldáraz es el arquetipo del vasco; en estos atributos, sumada la paciencia, radica su fuerza para su inagotable lucha. El

sueño empezó en Puerto Quinche. Aprendió rápidamente el kichwa, a la par que se internaliza con las costumbres indígenas. De esta manera, se facilitó su primera lucha, la primordial, redimir el derecho de los indígenas a su territorio, para cuyo efecto José Miguel empezó a reclutar líderes, de casa en casa, para estimular su formación y despertar la conciencia acerca de la redención y defensa de su heredad.

La segunda morada Pompeya, enclavada en la hondura de una selva que empezaba a “mudar su piel”, a vestirse de occidente, a descontrolarse. La intrusión de transnacionales petroleras y la incursión de “turistas”, generan rupturas a la postre irreparables. Este nuevo espacio constituye el punto de partida para nuevos emprendimientos.

Conjuntamente con los misioneros Camilo Mujica, Ángel González y Juan Santos Ortiz de Villalba, logra concretar la aspiración, jamás perdida, de monseñor Alejandro Labaka, crear el Centro de Investigaciones Culturales de la Amazonía Ecuatoriana, CICAME, importante núcleo de investigación y formación para el desarrollo de la región; además, fomenta la exhibición de las primeras piezas arqueológicas y sienta los cimientos del actual Museo de Pompeya.

Su labor en el ámbito de la organización indígena fue fructífera, colaboró en la organización de la Unión de Nativos de la Amazonía Ecuatoriana (UNAE), de la Federación de Comunas Unión de Nativos de la Amazonía Ecuatoriana (FCUNAE), y de la Unión de Campesinos de Orellana (UCAO). “Hay que reconocerlo, sin él, no existiría el movimiento indígena ni campesino en el Oriente”, de acuerdo a un testimonio recogido por Milagros Aguirre.

El mundo de las visiones, el que despierta los espíritus, el que embriaga, el que alucina, el que apodera, el que vislumbra, el de la búsqueda, en intenso ritual, aprehendió a Juan

Marcos Mercier y le bautizó *Coquinche*. El ayawaska le reafirma indígena porque según él no nació para tal, pero sí fue hecho, fue el bautismo que “ratificó su existencia”.

De la misma filosofía de Goldáraz, e imbuido por el espíritu originario franciscano Mercier abandona el dogma pastoral ortodoxo orientado que creía que el indígena debía aprender el español, para luego ser evangelizado, cuando descubre que ellos disfrutaban de su propia civilización y religión, que inmersos en entornos más cualitativos que los de occidente cada día se sumergen más en sus costumbres y mitos, en sus tradiciones y verdades para mirar a la vida con una mejor cosmovisión que la “nuestra”. Él también aprende kichwa pero con los napo-runas en la Amazonía peruana.

La profundización y trascendencia de la cultura de este nuevo mundo por él descubierto, paulatinamente se va convirtiendo en la razón de ser de su existencia. Le angustia el sometimiento de los indígenas.

En el impulso hacia una nueva realidad centró todo su esfuerzo. Fue tenaz en su optimismo, creyó en un amanecer distinto y con estas convicciones participó en proyectos trascendentes como el de la legalización de las tierras, la organización de los indígenas, la educación bilingüe, y la revalorización de los métodos, formas y usos de la medicina tradicional. Fue una ingente tarea, primero de inmersión para el aprendizaje, hasta que logró absorber de la sabiduría de los shamanes que el espíritu se encuentra en todo, que existe “una red de poder que constituye la base de toda vida”, que todo lo visible tiene espíritu y que éste es fuente vital por medio del cual se comunica con aquellos mundos invisibles, para luego, transmitir, accionar y lograr por ejemplo, que los kichwas soliciten al gobierno que extienda los documentos personales con nacionalidad peruana y los títulos de propiedad de sus territorios y además, reconozca a las autoridades kichwas.

Su influencia y trabajo fueron determinantes, el recuerdo de su obra y de su credo trascendentes “antes de que venga el padre solo había patronos, con él todo empezó y tenemos miedo de que sin él, todo termine”.

El testimonio de vida de estos dos hombres deja profunda huella, su mensaje trasciende e incita, impulsa a la lucha por la igualdad y el respeto, por la reivindicación de todos los pueblos olvidados o deliberadamente abandonados.

El libro es producto de una investigación de varios años, de una serie de conversaciones, entrevistas y de las propias vivencias de Milagros Aguirre con estos dos personajes y los habitantes de las riberas del río Napo en Ecuador y Perú.

En *La Utopía de los Pumas*, a partir del relato de la vida de estos dos misioneros, testigos de la historia de la región, al igual que de otras investigaciones realizadas por estudiosos de los pueblos de la Amazonía como Blanca Muratorio, Miguel Ángel Cabodevilla, Laura Rival, Philippe Descola, Anne-Christine Taylor, Jorge Trujillo, se ofrece una mirada de la forma de vida de los napo-runas, de la riqueza de sus mitos, tradiciones y costumbres, y se evidencia el abandono del que han sido objeto estos pueblos a lo largo de varias generaciones, el abuso, explotación e intolerancia de “patrones”, gobernantes, compañías petroleras, madereras, y aún de la propia iglesia católica, que han agredido y atropellado permanentemente a los indígenas; sin dejar no obstante, de plantear la utopía de que estos pueblos no están destinados a desaparecer.

*María Eugenia Rodríguez*